

HUASCARÁN

CORDILLERA BLANCA - PERÚ, 6768 M, VÍA EL ESCUDO

Cuando pienso que hasta hace un año lo más alto que había subido era una cima de 4860 m en Kirguistán (Korona Peak, en el parque nacional de Ala Archa), me parece aun más increíble lo realizado en los Andes. Siempre he sido montañera, pero hasta el verano pasado había tenido pocas posibilidades de hacer cimas de altura, sobre todo porque me habían llamado más la atención las vías técnicas de roca. Todo eso ha cambiado gracias a mis dos meses en la Cordillera Blanca, al principio como miembro del Equipo Femenino de Alpinismo (EFA) de la FEDME y luego por mi cuenta.

Cuando acabé de explorar este macizo tan bello había hecho siete cimas de más de 5500 m (la más alta el Huascarán Sur, 6768 m), una vía de roca en El Esfinge y había intentado tres cimas más, que por las condiciones meteorológicas o por mi estado físico no logré subir. Unas fueron más técnicas, otras más de aguantar, todas con su propio carácter, sus vistas y sus problemas, pero cada una espectacular. Ha sido la culminación de mis tres años en la EFA, una experiencia fantástica de la que me despido con un

toque de tristeza por saber que el año que viene serán otras seis chicas las que estén en el equipo.

Huaraz es un campo base fácil y cómodo. A veces tan cómodo que salir de sus calles con los coches pitando a todas horas, los riquísimos zumos y su mercado lleno de olores resultaba difícil, especialmente después de un primer mes de monte a tope. Aunque después de un día o dos de descanso (nunca más), nos gustaba salir hacia otro objetivo. Más que el acceso rápido hacia las

TESTU ETA ARGAZKIAK



Ruth Craven
(Glasgow, 1982)

Ha vivido en los Pirineos franceses, EEUU, Chile, Ecuador y, desde hace cuatro años, en Donostia, Yosemite, Patagonia, Dolomitas, Pirineos,... son escenarios de sus actividades.



La vista increíble desde la cima de Huascarán Sur

quebradas desde Huaraz, la facilidad con la que se baja a la ciudad después de la cima añade un toque mágico a cada experiencia. De una tiendecita de altura, derritiendo nieve y esperando impaciente que los primeros rayos del sol calienten tu cuerpo a más de 5000 m temprano por la mañana, podías pasar a una terraza en Huaraz, duchada y con ropa limpia, esa misma tarde. Y antes de que se bajara el subidón de la cima anterior, ya estábamos en las preparaciones del siguiente objetivo. Parábamos más por cansancio que por falta de montes para explorar, los hay de todos los niveles. Y, a diferencia de Chamonix o de otras partes de Alpes, pocas veces el tiempo frena tu ritmo, porque generalmente el clima en julio es estable. Dado que antes de empezar el viaje estuve coja tres semanas por una lesión de rodilla, lo que viví fue mucho más de lo que esperaba.

Para entrar en el Parque Nacional de Huascarán se necesita un permiso; este verano pagamos 65 soles para 21 días. Este permiso no hace falta para todas las quebradas. En la Quebrada Parón donde se encuentra el Esfinge, solo se hace un pago en el pueblo de unos 10 soles. Cada quebrada tiene su propia logística: a veces se sube con burros (el arriero cobra 40-60 soles por día y cada burro 20-40 soles), a veces los senderos son malos y solo puede subir un porteador (120 soles por día), o se puede optar por llevar el mochilón de 20 kg tú misma, aunque en este caso es aconsejable coger un día de descanso antes de intentar la cima, ya esas alturas las piernas se cansan rápido! Casi todas las salidas incluían



Ruth derritiendo nieve



un viaje en taxi o combi (un bus compartido) de una hora o más por pista mala. No echaré de menos la sensación de pasar horas en una lavadora, llena de polvo, a las 6 de la madrugada, aunque la buena música animara a bailar a todos en el bus. Generalmente los senderos tienen hitos y los campos de morrena tienen espacio para las tiendas; también hay algunos refugios.

Nuestro hogar cuando bajábamos a Huaraz era La Casa de Zarela, un hostel tan encantador como su dueña, con terrazas soleadas para los días de descanso y una cocina libre. Zarela sabe mucho de la cordillera y nos ayudó con la logística, buscando la mejor manera de lograr cada objetivo. También prepara un pisco sour -cóctel típico con limón- riquísimo, que ayuda a soltar las piernas para una salida al Tambo, la discoteca más famosa, una experiencia obligatoria al menos una vez (tenía casi más agujetas del Tambo que del monte, los que fueron conmigo saben por qué). Ha sido un viaje memorable también por mis compañeros, primero con la EFA, con Oriol y Augusto, y luego con Esther y José... todos llevaban una motivación increíble para el monte, hicimos muchas risas.

A la hora de escribir, ¿cómo elegir qué cima destacar y cuáles dejar sin palabras?, ¿la más alta, la más técnica o la más disfru-

tona?, ¿la primera o la nueva? Al final cada una tenía su toque. Llegamos a la cima, o lo más cerca que los hongos de nieve polvo nos dejaron, del Alpamayo (vía normal, muy guapa y buena para empezar, con Marc), Pucarashta (vía nueva A Casa Zarela, con Oriol y Esther), Pirámide de Garcilaso (una montaña estética y una vía muy larga, con Oriol y Esther), El Esfinge (vía 82, una gozada de granito de 18 largos, con Vicky y Esther), Chopicalqui (vía normal que sube a 6300 m, con Esther y Damien), Nevado Pisco (directa, cortita pero buena manera de llegar a la cima, con Damien y Esther), Huascarán Sur (El Escudo, con José), Cayesh (vía Alemán, un monte imponente y muy guapo, con José). Intentamos una vez antes el Chopicalqui pero el mal tiempo lo impidió, también le echamos un vistazo al Chacaraju pero había demasiada nieve, y aunque Esther, Damien y José hicieron la West Direct de Tocllaraju un día de viento extremo, yo me bajé por cansancio antes de empezar la vía (y casi me perdí en la morrena buscando la tiendecita). Además, hicimos unos días de deportiva en Hatun Machay (a dos horas de Huaraz), Los Olivos (en la ciudad misma) y varias salidas de aclimatación (Punta Unión, Laguna Churup, Pico Mateo y un trekking desde Vaquería hasta el campo base de Alpamayo).

Cuando lo leo todo no me sorprende que al final de mi viaje en Perú, cuando llegué a la playa en Huanchaco, al norte de Lima, me pasé dos días en una hamaca leyendo y comiendo sin ganas de hacer nada más.

HUASCARÁN SUR VÍA EL ESCUDO (6700 M), LA CIMA MÁS ALTA

Los Huascaranes (Norte y Sur) llaman la atención no solo por su altitud, sino por su visibilidad desde el valle de Huaraz, desde la terraza de Casa de Zarela incluso, donde los había contemplado muchas veces tomando mi cafecito matinal. Para afrontar sus 6768 m más vale aclimatar bien; por eso fuimos al final del viaje. Tuve la oportunidad de subirlo por pura casualidad: había quedado con Marc esos días para hacer una vía de roca, La Karma de los Cóndores, pero el se retrasó en los Ganxets y me encontré sin plan. José tenía en mente subir El Escudo de Huascarán Sur y me lo propuso; como me cuesta acostumbrarme a la altitud tenía mis dudas. Aun así empezamos los preparativos, preguntando a Zarela la mejor manera de llegar y mirando material. La normal del Huascarán Sur es conocida por tener una travesía peligrosa bajo unos seracs, pero en El Escudo evitábamos esa parte en la subida y teníamos la esperanza de poder rapelar de bajada y así no ver este campo de bloques de hielo caídos.

Escuchando a Zarela empezamos desde Shillap, desde donde sale un sendero algo más suave que la subida normal desde Musho y que te ahorra un día, aunque sin porteador, con el mochilón de 20 kg a la espalda y una subida hasta el refugio que no parecía corta. Subimos tienda para el campo de altura y la montamos al lado del refugio, aprovechando su terraza para





José con el imponente Escudo detrás

descansar al sol hasta el atardecer (algo desconocido en los campos de las demás quebradas, con valles más profundos). El refugio del Huascarán no siempre tiene guarda y parece el menos utilizado de los refugios de la cordillera, pero había una pareja italiana con aspecto algo perdido de guardas el mes de agosto. Después de los mil metros de aproximación, decidimos descansar un día antes de subir al campo alto y nos tomamos un poco de tiempo para mirar como atacar la vía, que parecía cortita desde el refugio (luego nos daríamos cuenta que solo era la perspectiva). Cada guía con quien hablamos nos daba diferente información, pero vimos un puente para pasar la rimaya y decidimos subir más o menos por el centro de El Escudo.

Descansados, el día siguiente tempranito recogimos las mochilas para subir al campo uno en el glaciar que se comparte con la vía normal, pero una vez llegados decidimos subir algo mas para tener menos trabajo el día siguiente. Tras cruzar un puente de nieve muy expuesto, el resto del glaciar era muy fácil, llegamos a un medio plano de hielo debajo de una pendiente fuerte (la Garganta) que subiríamos el día siguiente para llegar a la vía. Como era tarde en la temporada, tuvimos que hacer una plataforma en el hielo con los piolets, lo que nos ayudó a calentar los pies en el glaciar todavía en sombra. De repente vimos cuatro personas con aspecto derrotado bajando la pendiente hacia nosotros; cuando llegó el primero nos explicó que habían pasado cuatro noches fuera, en vez de las dos que ha-

bían previsto, y que estaban sin comida ni agua. Eran cuatro colombianos que habían subido la cara norte, los reconocí de Casa de Zarela. Les dimos agua y galletas y les animamos en su bajada hasta la salvación del refugio. Terminamos de montar la tienda garrapata, sujeta a las esquinas con los piolets y, evitando la grietilla de al lado, empezamos a derretir nieve y prepararnos para el día siguiente. A las 17:30 h, todavía con sol, nos acostamos pensando en levantarnos a las 00:30 h.

Aunque oímos la alarma y luego los pasos de las dos cordadas con guías que iban a subir El Escudo el mismo día, decidimos esperar en la tienda algo más porque hacía mucho frío. Nos levantamos a las 02:30 h y tomamos café antes de prepararnos. Siempre cuesta prepararse en una tienda pequeña pero al final logramos salir y empezamos la aventura. Subiendo tuvimos que parar a veces porque hizo una noche muy oscura y no encontramos la travesía hacia la pared (vale la pena invertir en un frontal potente), aunque en treinta minutos estábamos bajo El Escudo y el 'puentecito' que habíamos visto desde el refugio se había convertido en un largo de 40-50 m. Las dos cordadas estaban en ello pero no nos tocó esperar mucho para empezar a escalar (menos mal porque hizo frío, llevaba toda mi ropa para escalar, incluso el plumífero).

Una vez pasada la rimaya, vimos que sería mejor tirar largos de 60 m, en vez de ir en ensamble como habíamos pensado. El Escudo es una placa de hielo fino en esa época, en vez de la rampa



Huascarán Norte (izquierda) y Huascarán Sur (derecha) desde el refugio Don Bosco-Huascarán

de nieve a principios de la temporada. Subimos con frontal hasta que amaneció; aunque no subió la temperatura, se veía más y las vistas fueron espectaculares. No paramos mucho por el viento y terminamos adelantando las demás cordadas. Aunque los cuatro largos que vimos desde el refugio fueron más bien 7 u 8. Luego llegamos a una arista de nieve interminable, antes de enfrentar los 500 m de anticima andando con la lengua fuera (por lo menos yo, José parecía correr, lo que me hizo jurar en voz baja). Pero, a pesar del viento, del cansancio y la altitud, llegamos a la cima so-

Mirando al valle desde la comodidad relativa de la tienda



bre las 13:00 h, todavía llevando los plumas, que no nos quitamos ni para escalar, ya 6700 m hacía mucho frío! Unas fotos, apreciar las vistas y bajar...

Como vimos que rapelar El Escudo no sería viable, bajamos por la normal, siguiendo banderitas rojas y un buen camino generalmente, aunque desapareció un poco antes del Campo 2. Nos juntamos con Carlos, un guía peruano, y su cliente alemán para buscar unos rápeles y llegamos al campo 2 donde nos ofrecieron un té y recuperamos fuerzas, antes de pasar la travesía peligrosa debajo de los seracs azules colgados de un hilo. Vimos a Carlos cruzar y luego nos tocó... andar sin parar, sin pensar mucho en lo que había encima de nuestras cabezas. Por fin llegamos al campo 1, con un atardecer increíble. Daba bastante mal rollo cruzar ese campo a las 16:00 h de la tarde pero no había mucho más opción. Quienes hacen la ruta normal suelen esperar en el campo 2 hasta las 22:00 h, para poder cruzar con más seguridad, pero no teníamos nada en el campo 2. Aunque no nos quedó mucha comida, ni café para la mañana (horroroso para mí), decidimos quedarnos a dormir allí, estábamos cansados y no nos parecía buena idea bajar el glaciar con todo el peso. Comimos lo que nos sobraba: una crema, unos cacahuets, unas galletas y un tecito, y a dormir.

El día siguiente esperamos a que el sol calentara la tienda antes de salir del saco y bajar hasta el refugio, donde celebramos con un café italiano y una tortilla grande bien merecidos. Un mensajito a Zarela pidiendo un taxi para las 17:30 h y todo cuesta abajo hasta Shillap, donde encontramos a Gerónimo, el taxista, con todo el cotilleo del valle y por la tarde una cena grande y unas birras en Huaraz, ya hablando del siguiente... ¡el imponente Cayesh!